

Al Presbítero D. Emeterio Walverde
Teller, sucesor en la cura de al-
mas, del P. Valeriano en Ixtama-
nabeo, serio investigador de la an-
tiguédad mexicana, como reuer-
do de verdadera amistad, y en testi-
nio de la estima y aprecio del

Autor
Nupl. Gormer

Prólogo

La gloria que consagra la soberanía de los genios, no se conquista en ligero transcurso de tiempo. Para serlo necesita que la confirmen los siglos.

Los laureles otorgados en vida, marchítanse de ordinario y no alcanzan la sanción de la historia.

De cuantos los recibieron antes de bajar al sepulcro, quizás uno solo se cuenta, el inmortal poeta de Arezzo, que haya podido mantener unida á su nombre, hasta hoy, y como seguirá conservándola en venideras edades, la corona con que el Senado romano circuyó su cabeza.

Otros que en sus días obtuvieron honores análogos, ahora no gozan, siquiera, el de que se guarde su memoria en el suelo que les vió nacer. Con sorpresa se descubre, hojeando los libros, la noticia de su existencia y apoteosis

PROLOGO

fugaz. Ni la justicia ni la verdad produjeron aquellas suntuosas y efímeras alabanzas, para cuyos ecos, muy pronto extinguidos, no han reservado las generaciones siguientes espacio alguno en que logren repercutir.

El verdadero genio no comparte la excepcional fortuna de Petrarca, ni es en la vida cuando arranca con los títulos de una legítima grandeza, sus timbres á la inmortalidad. Por lo común se le desconoce, y además de desconocersele el infortunio es su patrimonio. Entre Homero y el Dante sobrepasa á veinte centurias el tiempo transcurrido, y á pesar de que tal número de años los separa, el destino de los dos es casi idéntico durante su vida.

Ciego y errante el poeta soberano, cuya voz resuena todavía en medio de la humanidad absorta al escucharle, no presenció por cierto, cuando hablaba con lacrimoso acento del infortunado que vaga sin asilo y mendigando el pan, que los pueblos se disputaran la honra de haberle dado á luz en su seno, ni que la Grecia se levantara, movida por universal sentimiento, á tributarle honores divinos.

Tampoco vió el Dante, ídolo de Italia después de haber fallecido; tampoco vió en su vida y como resúmen de todas sus desventuras, más que mansiones que, fugitivo y perseguido, casi se rehusaban á prestarle abrigo, y sentencias de destierro y muerte cerniéndose sobre él.

¿A semejanza de éstos, de cuantos otros hombres egregios, superiores, hay lo mismo que decir?

PROLOGO

A uno de ellos se refiere este poema; á Colón, que no por ser quien mayor influencia ha ejercido en los destinos generales humanos, escapó, ni por ese título, á suerte tan cruel.

La posteridad y sobre todo nuestro siglo son los que le han hecho justicia; sus contemporáneos reportan el anatema que la historia les lanza, de negra ingratitud.

Apenas después de su primer regreso, esto es, apenas después del descubrimiento del Continente nuevo, después de ese hecho maravilloso que casi rayaba en prodigio, después que completó el mundo, una de cuyas mitades permanecía ignorando que la otra existiera; después que unió y comunicó la familia humana, separada por insondables mares cerrados á los navegantes y por siglos que sepultaron la memoria de su excisión; apenas después de ese suceso, cuyas trascendentales consecuencias aun no se desenvuelven ni se cumplen por entero en la existencia de la humanidad, fué cuando la empresa y el nombre de Colón resonaron, con pasajero estrépito, entre las gentes que vivían en los tiempos del Descubridor.

Verdad es que, por lo pronto, se conmovió la Europa; verdad que la poesía y la prosa tuvieron acentos entusiastas para pregonar la nueva; verdad que la imprenta la publicó en España, en Italia, en Francia, en Alemania; verdad que una corriente eléctrica hirió los cerebros y agitó los corazones; pero fué momentánea, y en breve, muy en breve, cesó de vibrar. Apagose el ruido, quedó fácilmente olvidada la memoria del genio, y ni la necesidad de

de imponer un nombre á la tierra que descubrió, lo hizo recordar.

¡Recordar! ¿Qué había sido de él en su segundo, su tercer, su postrer viage? ¡La faz del mundo se enrojece de vergüenza al responder! Volvió una vez, con el alma oprimida por la amargura, á defenderse de los golpes que la envidia y la calumnia asestaban en su contra; fué llevado en otra cargado de cadenas ¡cadenas que aherrojaban los pies del Almirante! apresuradamente rotas por los reyes indignados, que temblaron ante la idea de que el inconcebible espectáculo fuese presenciado en la corte; y en la última llegó, víctima del engaño, presa de mortal desaliento, á procurar en vano hablar por la ocasión postrera con su protectora infatigable, la católica Isabel, muerta á los muy pocos días de haber pisado Colón las playas españolas; á intentar inútilmente, durante una cansada peregrinación de cerca de dos años, en pos de quienes habían de resolver las cuestiones que entonces le preocupaban y le tenían envuelto, que acerca de ellas se pronunciase el fallo que su ya perdido prestigio no podía alcanzar; y á morir, por fin, humilde y obscuro en aquel mundo ingrato; olvidado en aquella época, que no tuvo entre sus cronistas quien recogiera y consignara la noticia de su muerte; sin otro amparo que el de los franciscanos, sus amigos perpetuamente leales, que rodeaban el lecho del moribundo, y sin otra aspiración ¡la única digna de la inmensidad de su alma! que entregarla por sí mismo en manos de Dios.....

Cuando su siglo volvió las espaldas á Colón, reprochábale haber consumido riquezas cuantiosas para obtener un resultado mezquino: ¡el resultado de un mundo entero! que la fe y la energía incontrastables de un hombre extraordinario restituyeron á la humanidad y la civilización, avasallando obstáculos de todo género, venciendo contrariedades de toda especie: las que surgían de él mismo, porque siempre surgen del desconocimiento y la miseria; las que brotaban de la inconmensurable magnitud de la empresa, pues siempre las de esta índole suscitan presagios de imposibilidad y vaticinios de fracasos que han de hacerlas abortar; y las que oponía el actual estado de la ciencia, que por lo común se aferra en vivir dentro del radio luminoso que ha alcanzado, y juzga visionario ó loco, mira con desdén ó desconfianza, al que habla de esplendores mas vívidos, más elevados, que los que aquella está acostumbrada á poseer.

Todavía inmediatamente después de la muerte de Colón, no quedó reivindicada su memoria á la par de lo que la justicia demandaba, y transcurrieron tres siglos sin levantarla á la portentosa altura que le corresponde.

Del siglo xvi al xviii, poco, relativamente, se escribió, acerca del inmortal descubridor: papeles suyos, interesantísimos, se extraviaron al parecer para siempre; y entre los escritos ajenos no abundantes, que á él y su empresa se contrajeron en ese tiempo, no faltan algunos que le sean adversos, y que al fin han desmentido los argumentos irrecusables de la

historia y el sentido íntimo, uniforme, inapenable, de la posteridad.

En este trabajo justiciero de reparación se ha distinguido nuestro siglo; el siglo XIX, que desde sus comienzos lo dió también á la interminable serie de obras publicadas en el antiguo y el nuevo mundo acerca del Almirante, de sus inspirados propósitos y de la grandiosa realización de su miras; y que al rendir su secular jornada, ha conseguido que los pueblos todos civilizados se yergan, como si fueran un hombre solo, para lanzar con voz que jamás oyeron las edades pasadas, y nunca será sobrepujada en las futuras, que hace retemblar la tierra, llega del uno al otro de sus polos y encuentra estrecho, á fin de que resuenen sus acentos, el inabarcable espacio; para lanzar en el cuarto centenario del Descubrimiento, un himno de gratitud y reverencia, de perennes loores, de gloria ya indiscutible é inextinguible, á la memoria excelsa del Descubridor.

Movimiento sin ejemplo é incapaz de describirse en las presentes líneas, tan desaliñadas frente a sus infinitas armonías, tan pálidas al lado de sus deslumbradoras luces. Y ni los de hoy hemos de poder narrarlo, ni los pósteros llegarán á comprenderlo. Las ciencias y las artes marcan su paso por la tierra; monumentos imperecederos fijan su fecha en el seno de los pueblos; estelas rutilantes le acompañan á millares en la superficie de las aguas, y en Palos, en Madrid, en Génova, en Nueva York, en México, como si fuesen las arterias más vigorosas de un gigante, como

si fuesen, ahora, las arterias de un solo sér, poseido del delirio, dominado por la fiebre del júbilo, se sienten las palpitations de la humanidad, enardecida, arrebatada, al recuerdo de Colón.

Y como todo lo que es verdaderamente grande y glorioso, todo lo que en la realidad subyuga las inteligencias y conmueve los corazones, despertando en la región de las ideas los más elevados conceptos, é inspirando los más puros y fervorosos sentimientos, ha consagrado esta indescribible y universal manifestación humana, con el sello religioso que la hará indeleble en las páginas de la historia, y le imprimirá el carácter que imprime en todo lo suyo; el carácter eterno. Tremoló el Papado la enseña que glorifica al héroe, y la Iglesia entera va, por toda la redondez de la tierra, á consumir esa glorificación. ¡Con razón se ha dicho, que después del hecho divino y realizado en el mundo, de la redención de éste por Jesucristo, no se ha verificado otro más importante en él, que el descubrimiento de Colón!

A esas demostraciones provocadas por su cuarto centenario, en el cual tan principal parte toma nuestra patria, pertenece el poema de que estas hojas son humilísimo prólogo; poema escrito por nuestro querido amigo el Sr. Lic. D. Rafael Gómez, que honra nuestro foro como honra nuestras letras, y que por sus ya anteriores merecimientos lleva los títulos de individuo de número en la Academia Mexicana, y correspondiente de la Real Española. No vamos á formular un juicio de la obra, da-

da á la estampa con el modesto título de EN-SAYO, ni nos habríamos encargado, por nuestra incapacidad, de formularlo: no teníamos que hacer sino lo que hemos hecho. Referirnos al suceso extraordinario de esta conmemoración que nos ha cabido la envidiable suerte de presenciar en nuestros días, é indicar como se refiere á ella, que fué su fecundo móvil, el libro que en seguida sale á luz.

En él jera natural se muestra el autor bebiendo sus inspiraciones en los más ricos manantiales de la historia, y en la fuente creadora y de sin igual limpidez, que le ofreció su cristiana fe.

La faz religiosa del asunto objeto del poema, faz que caracterizó la empresa desde la concepción gigantesca del pensamiento hasta el hecho asombroso de su realización, no podía ser relegada á postrera fila por nuestro poeta, ni dejar, en su trabajo, de presentarse en altísimo, en principal lugar. Esa empresa y la gloria que la ha seguido fueron inspiración del más acendrado espíritu religioso, y para el autor que se ha propuesto cantarlas en los versos de este *Ensayo*, el Colón que ante todo, surgió radiante en su mente, y que lo arroba y lo extasia, es el Colón de los providenciales destinos, el Colón de la Rábida, el Colón amigo y hermano de los hijos de Asís, el Colón que quería multiplicar la multitud de los creyentes, que desafiaba los satánicos intentos por esparcir los frutos de la redención, y que, mensajero de Dios, en aspiración de amor infinito besaba de hinojos la tierra descubierta,

y plantaba en ella apenas la había tocado, como su dominadora absoluta, la enseña de la Cruz. Así comprende el poeta, y sobre esa base así glorifica al Descubridor.

Desde ese punto de vista ancho campo se abrió á sus ojos, y desde él cantó con elocuente voz, tanto los arranques sublimes de aquella alma ardiente, radiosa con la luz de internas revelaciones, como las iras de Satanás, hirviente de desesperación al comprender que, arrebatándolas á su cetro, se extenderían prodigiosamente las regiones de la cristiandad. La idea de la perpetua, de la encarnizada lucha contra las obras de la gracia y las corrientes de salvación se despertó vigorosa en el ánimo de nuestro autor, y vino á ocupar en su poema prominente sitio, á semejanza del que ocupa en otros de índole igualmente religiosa, y que aun se leen con el alma suspensa y la mirada atónita, ante sus increíbles pinturas del furor infernal.

El Satanás de Milton, que según la enérgica sinopsis del cantor de *Los Mártires*, despierta en medio del lago de fuego, reúne el consejo de las legiones malditas, les recuerda el antiguo oráculo que anunciaba el nacimiento de un mundo nuevo, la creación de una nueva raza formada con el designio de llenar el vacío dejado por los ángeles caídos; ese Satanás que propone ir en busca de este mundo desconocido para destruirlo ó corromperlo, y que parte, explora el infierno, encuentra á su paso el pecado y la muerte, se hace abrir las puertas del abismo, atraviesa el caos, descu-

PROLOGO

bre la creación, ve á nuestros primeros padres en el Edén y queda desvanecido ante el espectáculo de su hermosura y su inocencia; ese Satanás, que ora se detiene en el borde del infierno, investiga algún tiempo con mirada escrutadora, y medita acerca de su viaje por que no es un mezquino estrecho el que se necesita atravesar; ora resuelve emprenderlo, y para ello despliega sus alas, semejantes á largas velas, y arrebatado en el humo ascendente, rechaza el suelo con el pie.....; ese Satanás, así descrito cuando encaminaba sus indómitas rebeldías á la perdición del mundo acabado de crear, es el mismo, siempre rebelde, siempre indómito, que hoy volvió á encontrar el poeta, agitándose con las convulsiones indescribibles propias del primero entre los réprobos, y encaminándose á guardar la presa que había hecho, á la defensa de las inmensidades que tenía ocultas, á cerrar al inspirado navegante de Liguria, las procelosas rutas á que se arrojaba en busca de una porción de aquel mundo, objeto de sus ansias, que la civilización llamaba á su seno y Jesucristo á su redil.....

Pero nos extraviamos; nuestra planta es profana para penetrar en ese santuario, y el poema del queridísimo amigo, en su calidad de obra literaria, jamás cayó, ni podía caer, ni nosotros lo recibiríamos, bajo nuestro pobrísimo criterio. Son mucho más humildes los propósitos que nos guian, y conforme dijimos, nos hemos limitado, con el alma rebotando de júbilo y transportados por estas magnificencias del Centenario, que nos arrebatan y nos

PROLOGO

llevan á horizontes y edades de recuerdo inefable, á señalar la obra entre las manifestaciones de honra y gloria que se tributan al inmortal marino, y á desear que, en honra también de las pátrias letras y del autor, el poema obtenga propicia acogida en lo presente, y escape de injustos olvidos en lo porvenir.

Por lo demás, hay un elogio que está á nuestro alcance y nos apresuramos á rendirle: el de un sentimiento profundo, que naciendo de lo íntimo del sér, nos iuunda el alma. Hemos leído y vuelto á leer el poema para saborear las dulzuras que en él nos deleitan, y cada vez que el libro ha quedado cerrado en nuestras manos, como se han cerrado nuestros ojos al embargarse el espíritu en contemplaciones infinitas, y estremecerse las entrañas con inusitado estremecimiento, hanos parecido que retrocede la carrera de los tiempos, que nos iluminan desconocidas claridades; y estáticos, mudos por sorpresa maravillosa, sin expresión en los labios para hablar de las cosas divinas que presenciamos, sentimos algo de lo que los tripulantes de las gloriosas carabelas, debieron sentir al saludar el Mundo Nuevo descubierto por Colón.

México, Octubre 4 de 1892.

LUIS GUTIERREZ OTERO.